

ALBERTO MANGUEL EN LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MÉXICO

Francisco Mercado



n el marco de la Feria Internacional del Libro Universitario (Filuni), el pasado 27 de agosto, nuestra Biblioteca Nacional de México (BNM) tuvo el honor de contar con la presencia de un huésped distinguido. Quienes acudimos aquel cálido mediodía al auditorio José María Vigil del Instituto de Investigaciones Bibliográficas (IIB) de la UNAM tuvimos oportunidad de escuchar la conferencia magistral “El lector secreto: elogio del traductor”, impartida por Alberto Manguel. Uno de los investigadores más prestigiosos de nuestra Universidad, el doctor Vicente Quirarte, fue el encargado de presentar al connotado escritor argentino y dar una breve introducción a sus palabras. Ante un auditorio pleno y expectante, Manguel comenzó recordándonos el privilegio que poseemos

al poder dedicar nuestro tiempo al estudio de los libros, mientras que en la frontera norte de nuestro país los niños migrantes viven el drama del desarraigo, la separación del seno familiar, la discriminación y la crueldad. Acto seguido, al entrar en materia, el bonaerense estableció una metáfora de la lectura en el acto de verter una sustancia original llamada “texto” de un continente intelectual a otro; es decir, de un idioma a otro. Al evocar el platónico mito de la caverna, equiparó nuestra percepción de la realidad con un ejército de sombras. De manera que, en este sentido, el oficio de la traducción se abocaría a proyectar la sombra de una sombra y, a su vez, constituiría el acto más íntimo de la lectura, la cual implica siempre una traducción. En una analogía precisa, Manguel señaló que la operación mental de decodificar un texto y la de dimensionar y establecer formas y distancias se efectúa en la misma zona del cerebro humano. En este sentido, traducir significa transmutar la realidad del mundo, aprehenderla y configurarla en nuestra propia realidad; esa forma de interpretación es la lectura y, como todo triunfo del intelecto, representa una conquista.

El autor de *Una historia de la lectura* afirmó también que un lector se halla en búsqueda permanente de un texto que lo defina. Y cada uno de los lectores, al ser rescatado de la página, se traduce a su vez en muchos otros. El traductor de oficio convierte la obra literaria en nómada, en peregrina. Acaso debido a esta imposición de trashumancia, su labor no sea justipreciada. El conferencista nos recordó que en su ensayo “El arte y la Antigüedad”, Johann Wolfgang von Goethe concibe al traductor como una Celestina que no hace más que excitar un deseo vehemente en el lector de poseer al texto original, como una trotaconventos que hace las veces, quizá, hasta de proxeneta y especuladora. El acto de traducir implica una consciencia de la identi-



dad usurpada, así como de la conformidad con una mera aproximación al original. El arquetipo creado por el gran romántico alemán, el doctor Fausto, se enfrenta a la traducción del Génesis, reconociendo su derrota inmediata: “En el principio era el *verbo...*” puede sustituirse por “En el principio era el *intelecto*, la *fuerza* o el *acto...*”. De este modo, el hastiado erudito reconoce el *impasse* en que se atasca; desea expresar lo leído con precisión, pero de otro modo. Ante la imposibilidad, reconoce que debe conformarse con la inexactitud, con una mediocre aproximación.

Por otra parte, Manguel sostuvo que es necesario admitir que los problemas de la traducción son similares a los de la creación literaria primigenia. La lucha que se libra con “el ángel blanco” —como se ha escuchado nombrarlo al poeta Vicente Quirarte—, es denodada y encarnizada. Las palabras parecen empañarse y tartamudear al ser trasladadas a la página, y pocas veces alcanzarán la condición de sombras en el texto

imaginado y deseado. Como bien lo expresa ese habitual *idiom* de la lengua inglesa —*wishful thinking*—, el texto concebido en la imaginación jamás se transformará en el texto concluido y, menos aún, en el impreso.

El exdirector de la Biblioteca Nacional de Argentina habló asimismo de los hitos literarios sin los que muchos de sus descendientes no hubiesen podido ser alumbrados. Ejemplos de ello son *La comedia* de Dante, que jamás hubiese podido existir sin la virgiliana *Eneida*. Así como el *Quijote* no hubiese cobrado su cabal sentido tragicómico sin el *Amadís de Gaula*. El propio Miguel de Cervantes, en un arrebato de humildad y anónimo artificio, cede a Cide Hamete Benengeli la paternidad del gran monumento narrativo de la lengua española. En este sentido, el profeta no ejerce su voluntad como generador del discurso iniciático, sino que se erige en intérprete y médium de otra instancia suprema y dadora de vida. Tanto autor como

traductor adquieren así la dimensión de demiurgos que atribuyen sus facultades creadoras a una deidad previa y superior en tiempo y divinidad.

Más adelante, el autor de *La biblioteca de noche*, manifestó que Goethe distinguía tres clases de traducción. La primera de éstas se trataba de la que buscaba familiarizar al lector con lo extranjero; la segunda, era la que se encontraba en busca de “vicarios” en la lengua propia; la tercera —y acaso la más deseable—, era aquella que perseguía la misma “calidad existencial” que emana del original. El estudioso de las prácticas de lectura en la historia nos recordó también que Jorge Luis Borges afirmaba que una traducción podía ostentar idénticos méritos estéticos y literarios que su texto de origen; asimismo, que no debía tener por ideal en su proceso creativo la literalidad. Cada lengua constituye un modo

particular de percibir el universo, y lo que es expresado en una de ellas jamás podría serlo en otra en el mismo sentido, tono e intencionalidad. La traducción representa el acto más íntimo de la lectura y esta última —ya en sí misma, aún en nuestra propia lengua— traduce el mundo a “nuestra propia y sentida realidad”. Para Manguel, Borges encuentra la misión ulterior del traductor en transformar lo extranjero en autóctono. Para ilustrar su aserto evocó el cuento “La trama”, contenido en el libro *El hacedor* (1960), en el que el gran poeta argentino narra una historia de traición en la que advierte los 19 siglos que median entre el emperador Julio César, quien al identificar la presencia de su hijo adoptivo Brutus entre los conspiradores del senado que le dan la muerte exclama la célebre frase: “*Tu quoque Brute fili mihi*”, y la de un gaucho emboscado por algunos compañeros, entre los que se encuentra su propio ahijado, ante

“

El exdirector de la Biblioteca Nacional de Argentina habló asimismo de los hitos literarios sin los que muchos de sus descendientes no hubiesen podido ser alumbrados

”



quien alcanza a proferir acaso como epítafio las vagas palabras: “¡Pero che!”

De los postulados que Manguel bosquejó se colige que la tarea de un lector esteta y comprometido como cocreador es de suyo inmensa, y lo es más aún en el momento en que éste asume su tarea como traductor. Como lectores, nuestra mirada no es nunca perfecta, sino que se cimienta en los endeble indicios de nuestra percepción parcial y nuestro juicio arbitrario de los objetos y los fenómenos. Nuestras circunstancias o nuestro conocimiento de ellas no son siempre los mismos. De manera que cada lector y cada ejercicio de lectura de un texto literario pueden variar en la misma medida en que puede hacerlo el resultado final de una traducción.

Alberto Manguel, quien ostenta el premio internacional Alfonso Reyes 2017, sostiene que durante el proceso creativo de un texto literario la elección de las palabras, así como su orden sintáctico específico, van configurando una obra de arte en sí misma. Esto ocurre en el mismo sentido con el ejercicio de la traducción. En este orden de ideas, Julio Cortázar —al traducir los relatos de Edgar Allan Poe al español— se erige en un auténtico creador. El propio Reyes es exacto para Manguel cuando traduce el título de la célebre comedia de Oscar Wilde *The importance of being Earnest* como *La importancia de ser severo*. El regiomontano sitúa de antemano al lector en el horizonte cultural de la época victoriana y su atmósfera sociocultural. Laura Gallegos traduce el título de la novela *Père Goriot* de Honorato de Balzac como *El pobre Goriot*, ofreciendo con ello al receptor de la obra un indicio del patetismo con el que conviene impregne su lectura.

El autor de *El legado de Homero* concluyó con la aseveración de que las obras maestras del arte literario son misteriosas; su halo luminoso deja

una zona de sombra. Se trata de aquello que la teoría estética de la recepción llama “espacios vacíos” o “lugares de indeterminación” y lo que hace del lector un verdadero agente de la concreción del texto. Es ésta la razón por la que continuamos leyéndolas durante siglos y aún milenios. Ese elemento incógnito que parece indecible debe permanecer. Sólo las traducciones mediocres buscan la precisión extrema. Lucen espurias debido a que pretenden revelarlo todo. Acaso sea necesario renunciar a la exactitud en aras de la preservación del sentido y el valor estético. Alberto Manguel propone seguir un modelo en el concepto de *karitas* de san Agustín, según el cual es preciso cuidar lo esencial; es decir, “un profundo entendimiento del otro y su voz”.

El auditorio prorrumpió en un aplauso sincero y vehemente. Alberto Manguel agradeció asintiendo con una sonrisa que delataba inteligencia y bonhomía. Estudiosos de la bibliografía y demás público asistente comenzamos a abandonar el recinto con parsimonia, como reacios a dejar atrás aquellas gratificantes reflexiones. Pocas veces la erudición, la elocuencia y la amenidad confluyen en un solo discurso, pero en esta ocasión todas ellas acudieron a la cita. “El lector secreto: elogio del traductor” constituyó una conferencia en la que la persuasión retórica fue alcanzada con maestría y sustancia. Con toda seguridad, quienes tuvimos el privilegio de escuchar a este singular bibliófilo, partimos convencidos del inmenso valor de la traducción como alquimia intelectual, así como el de la lectura como taumaturgia de cosmovisiones.

